

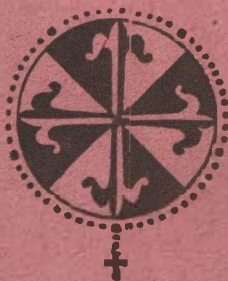
Volumen XXIII

Julio 1.º de 1928

Número 226

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

**Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura**



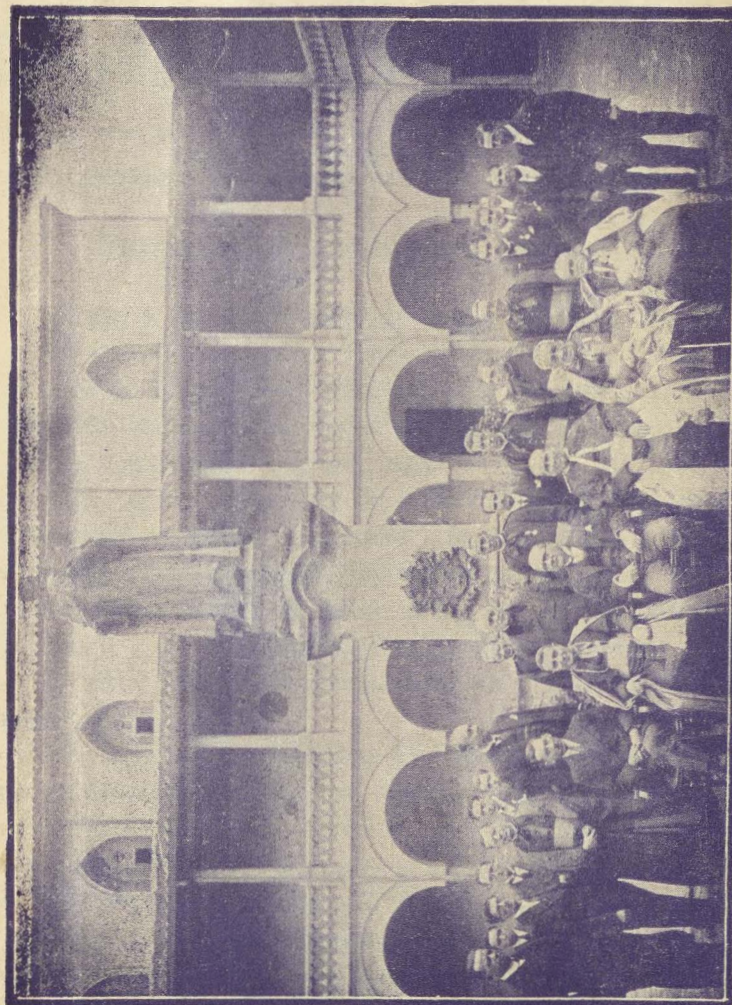
Nova et vetera

BOGOTÁ
IMP. DE «LA LUZ» —CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXVIII

CONTENIDO

<i>Honores al señor Vicerrector</i>	
<i>Un helenista del Renacimiento</i>	LUIS MARÍA MORA
<i>De Tirso de Molina a Marta</i>	
<i>Guerrero</i>	BLANCA DE LAMPÉREZ
<i>La gruta de los dolores</i>	S. BARRIENTOS RESTREPO
<i>Bodas de oro</i>	R. M. CARRASQUILLA
<i>Cómo nació la filosofía griega</i>	ANTONIO A. CRISPINO
<i>La vieja del nacimiento</i>	J. ZAHONERO
<i>La Eucaristía</i>	ALVARO SÁNCHEZ
<i>Jubileo Episcopal</i>	
<i>La fiesta del Papa</i>	
<i>San Agustín, su vida y su labor.</i>	R. M. CARRASQUILLA



Grupo de asistentes al almuerzo dado en honor del doctor Jenaro Jiménez

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1928

Honores al señor Vicerrector

El día 3 del mes pasado se posesionó solemnemente el señor doctor Jenaro Jiménez del puesto de prebendado de la santa iglesia Catedral. Con tan fausto motivo el Rector y los superiores del Colegio le obsequiaron con un banquete, a que fueron invitados el Excelentísimo señor Presidente de la República, el Excelentísimo señor Nuncio Apostólico, el Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá, los venerables miembros del Capítulo metropolitano, el señor Ministro de Educación Nacional, y los hermanos del señor doctor Jiménez.

El señor Rector dedicó la fiesta en los términos siguientes:

«Festejar con un banquete los faustos acontecimientos es costumbre, desde los tiempos más remotos, en todos los países de la tierra; y esta práctica es muy conforme al espíritu cristiano y a las tradiciones de la Iglesia. Jesucristo, nuestro divino modelo, instituyó el sacramento del amor después de cenar con sus discípulos; comió con ellos el día mismo en que salió triunfante del sepulcro, para persuadirlos de su resurrección, y darles, con la infusión del Espíritu Santo, el poder de perdonar los pecados; y antes de subir al cielo y completar así su victoria se sentó a la mesa con su ma-

dre santísima y con los apóstoles que habían de ser sus continuadores en el mundo.

«El señor doctor Jenaro Jiménez ha sido elevado al Capítulo Metropolitano y por eso se han reunido aquí las tres familias a que el nuevo prebendado pertenece: sus hermanos según la carne, los representantes del Colegio del Rosario, madre fecunda de una gran familia espiritual, y los ilustres miembros del Cabildo Eclesiástico que no tienen entre sí y con su Prelado sino un solo corazón y una sola alma.

«Virtud, ciencia, eminentes servicios a la Iglesia, son, si exceptuamos al que os habla, los distintivos de los capitulares de Bogotá. De virtudes sacerdotales no hay que hablar cuando se trata del clero de este arzobispado; de la ciencia del señor doctor Jiménez en letras humanas y divinas dan claro testimonio sus lecciones de suprema latinidad en el Colegio del Rosario y las de teología dogmática en el Seminario Conciliar. Su tarea, durante más de veinticinco años, ha sido la de gobernar el instituto de fray Cristóbal de Torres en calidad de vicerrector; tarea ardua, que supone un sacrificio constante, un alejamiento completo de los halagos mundanos; faena silenciosa, oscura, sin gloria, pero preciosa a los ojos de Dios que estima la formación de las almas como lo más grato a su divino corazón.

«Debo declararos que la prosperidad del Colegio, que muchos me atribuyen, se debe, bajo el patronato del Presidente de la República y la dirección de los Consiliarios, a la constancia, inteligencia y suavidad del señor doctor Jiménez. Personalmente he tenido en él un fidelísimo amigo en la próspera y en la adversa fortuna, un discreto confidente, un sabio consultor. No he podido recompensarlo, y hoy la Iglesia lo hace en lugar mío. Reciba la expresión de mi fervorosa gratitud. No quie-

ro terminar sin dar los parabienes a los señores capitulares que han ascendido hoy en dignidad. Bien conocen ellos mi veneración y mi afecto.

«He dicho».

El doctor Jiménez contestó:

«*Ilustrísimo señor Rector:*

«Bendigo a Dios y le doy gracias a su inefable bondad, de lo íntimo del alma, por la dádiva inesperada que se ha dignado otorgarme, tanto más obligante cuanto más inmerecida la considero. Al Ilustrísimo señor Arzobispo Primado y a vosotros Venerables Capitulares, os doy asimismo público y solemne testimonio de mi profunda gratitud, y os declaro la voluntad que me anima de llevar hasta el fin el respeto, la fidelidad y el amor con que, de hoy más, es mi deber acompañaros y servirlos.

«Es honra que no alcanzo a ponderar verme elevado al Venerable Capítulo Metropolitano, venerable por la alteza de su misión divina y por la virtud, ciencia y eminentes servicios a la Iglesia, distintivos, como decís muy bien, señor Rector, de los capitulares bogotanos. Algunos de ellos han sido mis amados maestros y superiores, abrumados hoy por la carga ingente de sus muchos merecimientos; fueron otros compañeros míos predilectos en las aulas venerandas del Seminario o aventajados discípulos que dejaron en breve muy atrás al humilde maestro.

«Llego al seno del Venerable Capítulo con la satisfacción que me da el convencimiento de ser recibido en él con cariño y benevolencia, de que todos sabréis disculpar las deficiencias de que vengo cargado y de que miraréis solamente la voluntad que traigo de corresponder, en la medida de mis débiles fuerzas, a la

Imponderable bondad con que me habéis llamado y acogido.

«De corazón agradezco al Excelentísimo señor Nuncio Apostólico el honor que me dispensa dignándose acompañarme en esta hora grata de mi vida; y a él personalmente y al Romano Pontífice, a quien con tanto decoro representa, envío el testimonio de mi devoción absoluta.

«Al Excelentísimo señor Presidente de la República, Patrono cariñoso y muy ilustre de este Instituto, agradezco en el alma la honra que me da sentándose conmigo en esta mesa y asociándose al homenaje del Colegio.

«A vos, señor Rector, mi venerado maestro, compañero en la mejor parte de mi vida y amigo dilectísimo de mi alma, al Honorable Claustro representado por vos, por los ilustres Consiliarios y por los demás Superiores, mis amigos y cooperadores en el régimen interno del Colegio, rindo el tributo de mi fervorosa gratitud por la magnificencia con que os habéis servido festejar mi ingreso en el Venerable Capítulo.

«Y ya que sé muy bien cuán indigno soy de esta merced, quiero ponerla a los pies de la Santísima Virgen del Rosario, Patrona y alma de este Colegio. A ella el honor y la gloria y la gratitud de sus hijos. Yo siento que esta Madre del cielo me ha estado acompañando en este día; y la presencia aquí de mis queridos hermanos según la carne y el regocijo casi maternal con que me felicitan me producen la ilusión de estar viendo también a mi lado a esa otra madre mía que fue mi vida.

«Señor Rector: afirmáis que no habéis podido recompensarme y dais gracias a la autoridad de la Iglesia que hoy, decís, lo hace en nombre vuestro. Señor: ya eran para mí más que suficiente galardón el te-

soro inapreciable de vuestra amistad; el honor de ser vuestro cooperador en la formación intelectual y moral de esta falange de jóvenes rosaristas que siendo ornamento de la Iglesia y de la República, son ya nuestra gloria y nuestra corona; la honra de ser confidente vuestro y como miembro nativo de vuestra familia y de morar con vos bajo de un mismo techo, bebiendo en la fuente de vuestra sabiduría y recibiendo la influencia de vuestra vida ejemplar y la sombra protectora de vuestro inmenso prestigio. Pero, además, ya en público, ya privadamente, me habéis pagado con creces los servicios que ponderáis con hipérbole propia de vuestro gran corazón; y ahora, poniendo el colmo a vuestra generosidad, queréis quitar de vuestra cabeza la preciosa corona de vuestros méritos para ponerla en la mía, que no puede menos de sentirse agobiada bajo su enorme peso.

«Una vez más, señor, os doy gracias por tan excesiva bondad».

